

MEDIO: **Expansión**

FECHA: 06/10/2020

Página 46

46 Expansión Martes 6 octubre 2020

Opinión

**EEUU: Se puede cancelar todo menos la democracia**



Luis Sánchez-Merlo

En el primer duelo presidencial, el candidato republicano se burló del demócrata por llevar mascarilla en todos sus actos electorales. Una irrisión inútil en un espectáculo difícil de seguir, inflamado y fuera de control. Un auténtico fiasco, al no ser el tipo de debate que podía tranquilizar a un país dividido, con el virus rampante, los rescoldos del furor desatado por los disturbios raciales y pendiente de respuestas sobre el destino de su economía, el sistema de salud, las implicaciones exteriores, la Corte Suprema *et alii*.

Lo ocurrido podría anticipar el futuro que les espera a estos enfurecimientos electorales, cada cuatro años, en países donde la opinión está muy polarizada (sirvase el lector hacer la lista).

Al violarse las reglas básicas de la no interrupción, la bronca sirvió de poco, con un moderador desbordado, incapaz de zanjar los insultos personales y los ataques a la familia del aspirante. No enseñó la tarjeta amarilla al que entorpece y cuando éste redundó, no le sacó la roja.

Un despropósito, hasta el punto de que alguien justificó así su abando: "Apagó la tele después de una hora. No quería asustar a mi perro".

Con esa lluvia de insultos y datos falsos, resultaba imposible escuchar al otro, de modo que una mayoría de los que siguieron la trifulca anticiparon que no verían los debates pendientes (que, en su opinión, deberían ser anulados), con una excepción, el Harris/Pence.

El aspirante demócrata, que lleva casi medio siglo en la política, está considerado como alguien aceptable, nada extraordinario, ni muy caliente, ni muy frío, ni muy duro, ni muy blando; ni muy liberal, ni muy conservador.

Propenso a la exageración, no siempre acierta con los números y su locuacidad ocasional le crea problemas. A sus 77 años, le queda por demostrar que no es demasiado viejo ni demasiado solícito con la izquierda extrema, los antifas.

La edad ha sido uno de los recursos manejados por los contrarios para reducir las posibilidades del aspirante. Pero lo cierto es que su contrincante es sólo tres años más joven y está en peores condiciones físicas. Dos septuagenarios, luchando por la última copa en el asilo, que recuerdan a aquellos vejeteros de la Unión Soviética, justo antes del colapso.

En un debate que no aportó remedios a un país más débil, más enfermo, más pobre, más dividido y más violento, el demócrata bastante hizo con sobrevivir, para lo que recurrió –torpemente– a llamar a su oponente "payaso, tonto y mentiroso". El insulto, una equívocación siempre.

A falta de sal y mantequilla, sus mejores contestaciones llegaron cuando, convertido en el adulto en la sala, ignoró insultos, intimidaciones y provocaciones ad hominem, miró directamente a la cámara y habló a quienes todavía seguían el debate en sus casas.

Para el inquilino de la Casa Blanca, el

objetivo era llegar a los indecisos y apelar a las mujeres. Con esos objetivos y una forma de ser que le convierte en su peor enemigo, atacó sin clemencia a su adversario –"corrupto, títere de la extrema izquierda, incompetente"–.

Dispone de una base electoral ferviente y dispuesta a (casi) todo, maneja con dificultad la verdad, repite una y otra vez apotegmas, exagera los números, revisa la historia y recurre con frecuencia a teorías de la conspiración. Y cuando se le planta cara con pruebas irrefutables, las ignora. Lo malo es que la facundia podría llevarle a terminar su mandato presidencial sin rematar una frase completa, con sujeto, verbo y predicado.

La pandemia; que el *incumbent*, temerario con su propia salud, minusvaloró y ha terminado atrapándole; se ha cobrado 200.000 muertos y sigue creciendo sin que se haya podido controlar. Va por detrás en las encuestas y, se esfuerza por articular un mensaje, que consiga persuadir –a los agnósticos– de que merece un segundo mandato.

**Futuros debates**

Quedan tres debates y el fallido primer cruce de guantes está planteando dos posibles salidas: La primera, cancelarlos, lo que quebraría la tradición de los combates presidenciales, como parte del sistema y del proceso electoral. Celebrar los que están pendientes es un deber y ceder, un "apaciguamiento".

La otra alternativa sería cambiar el formato, mediante soluciones tecnológicas, que podían ir desde confinar a los contendientes en cabinas insonorizadas, dejando el control de los micrófonos al moderador, hasta proporcionar al árbitro un conmutador con cuatro posiciones que permitiese otras tantas opciones: utilizar sólo el micrófono de uno de los candidatos o el del otro; ambos micrófonos o ninguno de los dos.

Si alguno de los candidatos no aceptara el formato que facilite un debate civilizado, no le quedaría otro refugio que retirarse. Y si alguien hace trampa, aunque sea una vez, la primera vez es la última. Males menores que, al menos, facilitarían un cara a cara del contendiente con el moderador.

De este modo, quien consiga mantener la calma, mientras el borracho del final de la barra le grita al oído a todo pulmón (durante 90 minutos), se podría alzar con el voto.

Se puede cancelar todo, menos la democracia, aunque esté dañada, porque equivaldría a dar alas a otra pandemia, en este caso moral, que ya presenta síntomas alarmantes, como atestiguan esos desórdenes de personalidad que llevan al uso funcional y porfiado de la mentira.

Para un mundo donde importe el decoro y el respeto por las reglas, sin la tentación de tomar prisioneros, es preferible el aforismo: "La luz del sol es el mejor desinfectante", con el virus como revulsivo para regenerar el sistema, que precisa de una limpieza a fondo.

De momento, el presidente que se movía de la mascarilla de su rival, aguarda con positivo de coronavirus en el hospital militar Walter Reed, lo que añade dudas a la elección más incierta decisiva.



**Fondos europeos para un proyecto claro de país**



Victoria Plantalamor

El Fondo Europeo de Recuperación, que contempla la inyección a España de 140.000 millones de euros entre ayudas directas y préstamos, puede representar una baza muy importante para que nuestra economía supere sus actuales dificultades. Se trata de un importante volumen de recursos, el equivalente al 12% del PIB, que aun no siendo la panacea (recordemos que la ayuda nos llegará en el periodo 2021-2024), pueden constituir, si se orientan bien, el impulso que necesitamos para poder terminar de acometer la transformación del tejido productivo hacia una economía digital y unas empresas sostenibles.

No es la primera vez que la ayuda procedente de la Unión Europea ha contribuido positivamente al desarrollo económico y social de España. Ya ocurrió a partir de nuestro ingreso en la UE, cuando afluyeron a nuestro país ingentes fondos que contribuyeron en las décadas siguientes al desarrollo de España. Baste recordar que entre 1994 y 2006 recibimos el grueso de los fondos, casi 100.000 millones de euros, que sirvieron para dotarnos de una moderna red de infraestructuras, entre las mejores del mundo, cuyo efecto inducido sobre el resto de la economía ha sido altamente beneficioso. En esa época, España fue un ejemplo de buena gestión y administración de aquellos recursos, especialmente para los países que se sumaron después a la UE, y así debería ser en las actuales circunstancias.

No obstante, informaciones como las que hace unos días se conocían, que apuntan a que España apenas ha gastado el 34% de los fondos comunitarios que le fueron asignados en el último periodo presupuestario de la UE, entre 2014-2020, son un llamamiento clamoroso a cambiar la gestión de la asignación de los fondos, y debería llevar a nuestras autoridades a reflexionar sobre el mejor modo de reforzar y engrasar la maquinaria administrativa para que no se pierda ni un solo euro al que España tenga derecho para impulsar la reconstrucción económica. Incluso, si la obtención de dichos fondos implica, por exigencia de la UE, que algunos de los proyectos deban ser cofinanciados por el Estado. Si queremos y exigimos a la UE que nos apoye en la salida de la crisis, debemos estar dispuestos a cumplir con nuestra parte.

Si, por el contrario, dejásemos pasar este tren o no fuéramos capaces de canalizar toda esta ayuda,

aparte de los enormes problemas económicos actuales, sumiríamos al país en una profunda crisis estructural de la que solamente podríamos salir con un gran coste para los ciudadanos de ésta y de futuras generaciones. En consecuencia, debemos impedir una crisis institucional cuya manifestación más inmediata sería la incapacidad para elaborar, gestionar y elevar propuestas que se traduzcan después en ayudas o líneas blandas de financiación que tanto necesita nuestra economía.

A propósito de este importante reto, hay que decir que la deriva que ha tomado la política en España adolece de falta de ambición y autoexigencia y, desgraciadamente, exhibe una sobreabundancia ideológica que en nada beneficia a nuestra economía. Olvidamos con mucha frecuencia que el progreso del que disfrutamos no ha sido milagro de un día, sino el fruto de una continuidad y del esfuerzo de muchos españoles durante muchas décadas. Y lo mismo ocurre con las instituciones que han creado el ecosistema necesario para la convivencia en paz, y nos han dado seguridad y confianza para desarrollar una sociedad próspera que hoy debemos preservar por todos los medios.

Quizás nuestros problemas no sean solo una cuestión de falta de recursos económicos, sino, también, de tener un proyecto integrador, basado en la escucha y el diálogo de todas las partes, y que resulte lo suficientemente atractivo para que todos lo asumamos como propio y nos pongamos a trabajar en la misma dirección.

Es evidente que necesitamos recursos económicos en esta hora compleja de nuestra economía, pero también actitudes de autoexigencia, de responsabilidad, de compromiso y de ejemplaridad por parte de todas las personas que formamos parte de la sociedad española. Dicho de otra manera, como bien decía Ortega y Gasset, necesitamos que cada uno de nosotros, desde su puesto de trabajo o desde su posición en la sociedad, cumpla sencilla y llanamente con su obligación.

Por proceder de una familia empresaria, sé por experiencia que sólo se llega lejos cuando el objetivo se fija en la distancia y existe acuerdo sobre la necesidad de encaminarse hacia él, porque la promesa que depara su consecución es seductora y augura beneficios para quienes forman parte del proyecto. Hoy, España, debería ser esa empresa familiar integradora, que señala un punto de destino en el horizonte y que, para su consecución, cada uno de sus integrantes no escatima esfuerzos, pero tampoco desprecia un ápice entusiasmo en el avance, sabedores de que el futuro que nos aguarda deberá ser mejor.

Presidenta de la Asociación de la Empresa Familiar de Madrid (Adefam)

**El problema no es sólo de falta de recursos sino de un proyecto integrador**